



EL ALCANZAR

EL ALCÁZAR

Libro escaneado por Francisco_1903

www.infonacional.com

PÓRTICO

Cuando el hombre, desde su más activa entereza espiritual, era creador de grandes estilos, fué levantado el Alcázar, muy poco a poco, con la morosidad propia del artista enamorado y excelente, que se complace en la claridad y en la armonía de su obra. La piedra, elemental en su belleza, pasa a ser ejemplar para la mirada exigente del espíritu. A la sombra del águila bicéfala —que transportaba, con su vuelo majestuoso, la afirmación católica de España sobre los destinos de Europa— su lento crecer de espiga en el sembrado, y de varón cumplido en la obediencia, marcaba el ritmo, amplio y seguro, de las horas imperiales.

Ya queda el patio erguido en la esbelta majestad de sus columnas y la sobria ligereza de sus arcos iguales. Ya quedan terminados, frente al paisaje mudéjar, los bellos pormenores, en la portada, del más rico y depurado clasicismo español. Ya queda, en su ofrecimiento señorial, tendida suavemente la gran escalinata, para alcanzar la altura sin sentirlo. Y quedan las salas, espaciosas, capaces de albergar la grandeza de la Historia en su lujo desnudo de ámbitos y penumbras. Quedan las cuatro torres al viento, y las cuatro fachadas, nombradas por el pueblo con los nombres de las cuatro virtudes cardinales.

Ya queda el Alcázar, simétrico y cuidado, entero y grande en su Prudencia, en su Justicia, en su Fortaleza y en su Templanza. Allá abajo, al otro lado del río ensombrecido, recorta sobre la piedra dura del cerro sus almenas moras de ladrillo, pequeño y pintoresco, el castillo de San Servando. Pero él, no es sólo un castillo, defensor material de los hogares que se acogen a su amparo. No es sólo una espada feudal, señalada por su valor entre otras muchas, sino un único cetro de mando militar y político. Desde su ingente mole torreada, España, con sus cien empresas, se abre una gran vía triunfal que recorre toda la tierra.

Cuando, a los días erguidos de España en el mundo, suceden los del liberalismo y, en nombre de la Libertad, queda consumada la traición a los más firmes valores humanos —más firmes cuanto más resistían en el tiempo malo—, el Alcázar de Toledo permanece vacío de todo valor hasta que, como un ansia de porvenir magnífico, que es también un claro mirar al pasado, empiezan a forjarse en su interior, la virtud y el honor de la Patria restaurada. Los cadetes de Infantería, añaden, con la realidad de su conducta, las tres virtudes teologales —la Fe, que confirma la vida; la Esperanza, que le da sentido último; la Caridad, que la hace más humana—, a las cuatro cardinales vinculadas por el pueblo a la distinta expresión de cada una de las fachadas.

Y cuando el hombre, incapaz de crear ya ningún gran estilo, sólo puede ser destructor, desde las últimas consecuencias de su descomposición espiritual —materialismo ateo—, de las maravillas que no le pertenecen, el Alcázar es derribado en muy breve plazo, con el apresuramiento inhumano del odio, a golpe de cañón y de mina subterránea.

Los defensores de España en el Alcázar, son héroes que trascienden la región de los hechos para descansar en la de los principios. Como en las grandes creaciones del realismo español, vemos en ellos, más allá de la sangre y de la muerte, más allá de los cuerpos sepultados en vida, más allá del hambre y de todos los horrores de un sitio sañudo y prolongado, las nobles virtudes que alentaban en sus pechos privilegiados, y el principio supremo a que servían: España, con todo el contenido, real y espiritual, que esta palabra tiene en boca de los que con tantos otros —y ninguno sin nombre ante Dios y ante la Patria— han sido los mejores españoles.

Como los héroes del Alcázar al servicio de España, España al servicio de la verdad transcendente de su historia: catolicidad y unidad. Imperio. Y con el Imperio, la poesía que promete, la creación de gran estilo, frente al signo negativo de las destrucciones que tantas pérdidas irreparables ha causado, lo mismo en los recintos de nuestros pueblos y ciudades que en la verdad más honda de nuestros corazones.

ROMANCE

DEL ALCÁZAR AL TAJO

Río Tajo, río Tajo,
tú que cercas a Toledo,
parando el son de tus aguas
mírame roto, deshecho.

Si un César me levantó
como oración de su Imperio,
hijos de su noble sangre
heroicos me defendieron.

Ya están serenando el día
los nombres de los que han muerto;
los capitanes antiguos
sienten corazones nuevos.

Si ayer cantaban mi fama
los pájaros en el viento,
hoy vuelve a ser mi corona
la luz entera del cielo.

¡Torres y lienzos erguidos,
postrados dáis más ejemplo!
Mejores sóis en escombros
que declarando mi cuerpo.

Río Tajo, río Tajo,
tus aguas vayan diciendo
que de mi ruina y mi gloria
perdura el mismo recuerdo.

SONETO

A TOLEDO DESTRUIDA

ESTABA en tí la historia tan crecida
y el dolor de la Patria tan presente,
que haciendo tu verdad más evidente
fuiste, por tus blasones, destruída.

Si de tu noble tradición herida
ha brotado la sangre humanamente,
ya la piedra se abreva en su corriente
para ser derribada y no vencida.

¡Ay convicción del hombre, que has sabido
sobre el sollozo en que culmina el arte,
darle a Toledo el nombre de tu hazaña!

Ciudad, por tu martirio merecido
queremos solamente restaurarte
en la más alta realidad de España.

LUIS FELIPE VIVANCO.

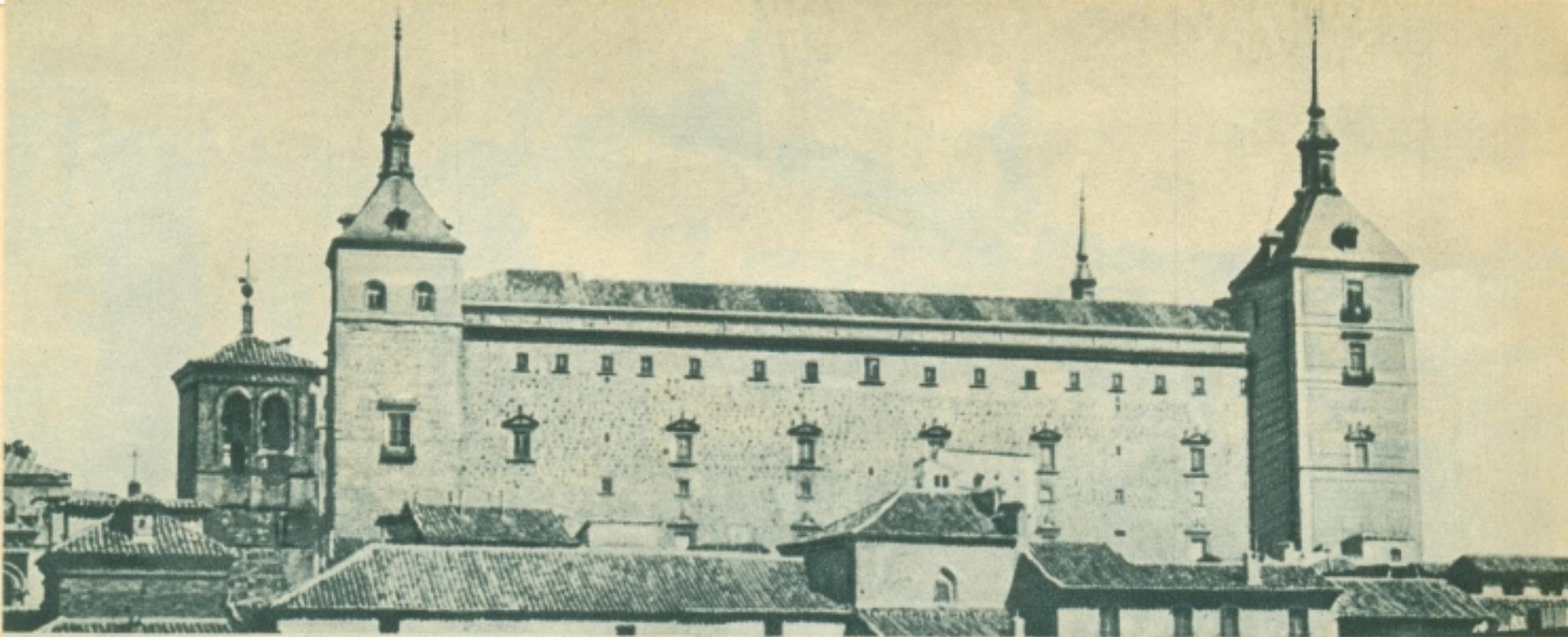


PRIMERA RESISTENCIA

Mil ochocientas personas se encierran en el Alcázar con el firme propósito de resistir, en

nombre de España, hasta la muerte. Los defensores fueron unos mil, el resto, mujeres, niños, y personas no combatientes. Setenta y dos días resistiendo; desde Julio, cada uno en su puesto, que sólo abandona, después de luchar hasta el último instante, el que recibe en su sangre más convencida de español, el beso sagrado de la muerte.



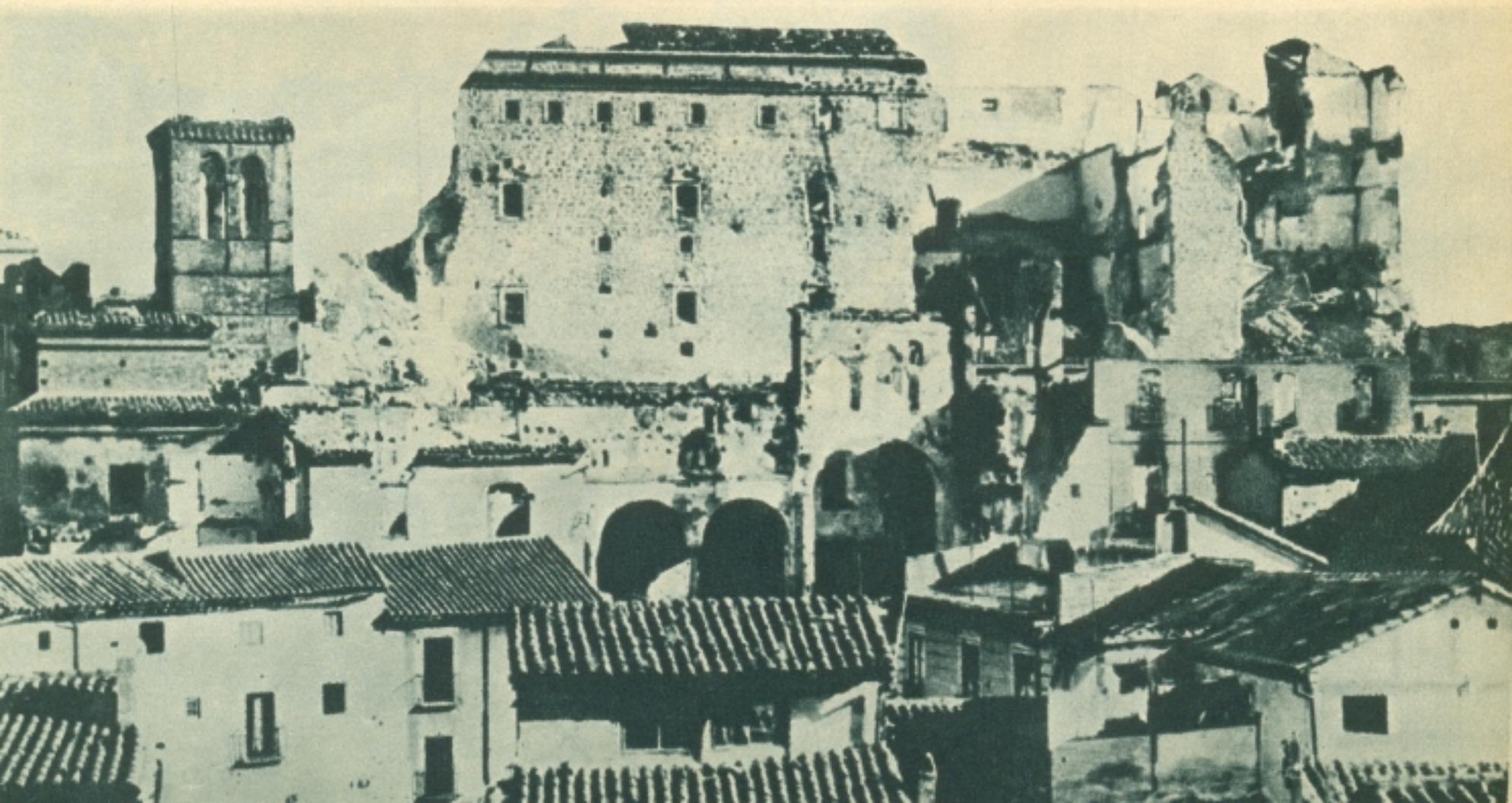


Fachada a poniente, antes del cerco.

Diez semanas de epopeya, más de seis mil granadas sobre el Alcázar; más de nueve mil disparos de cañón; bombas de aviación sin descanso. Contra mil hombres, muchos más de doce mil cercándoles. Explosión de varias minas, una de quince mil libras de dinamita y trilita: El Alcázar completamente derruido y, sin embargo, allí sus defensores sin permitir que el enemigo, pisándolo, profane su recinto.

En una sola ocasión, durante el ataque llevado a cabo el día 18 de Septiembre, lograron algunos milicianos rojos llegar a la parte alta de las galerías, donde colocaron una bandera roja. Pero fueron desalojados y la bandera capturada. En ella se leía: «Radio Comunista. Toledo».

Fachada a poniente, después del cerco.



EL GENERAL

MOSCARDÓ

Sobre toda esta epopeya magnífica la figura, prócer y serena, de Moscardó, jefe de esta fortaleza de héroes. Los laureles de Tarifa han reverdecido. Un nombre se agiganta en la Historia, parejo con el de Guzmán el Bueno. Sus dotes de mando, su entereza, su fe en España y su sacrificio de padre y de soldado: las mejores armas para la lucha y para el triunfo.

Su primer gesto, ante el cual quedan los demás oscurecidos, es su conversación por teléfono con su hijo Luis. Los rojos le ponen al aparato y amenazan a su padre con matarle, si no se rinde.

La conversación del Coronel Moscardó con su hijo Luis es la siguiente:

—Papá, ¿cómo estás?

—Bien, hijo mío. ¿Qué pasa?

—Me dicen que si no te entregas van a fusilarme. Pero no te importe.

—Si te fusilan, encomiéndate a Dios, da un ¡Viva España!, y muere como un valiente.

Cuando ha terminado la conversación telefónica con su hijo, los que le acompañan no pueden reprimir un gesto de asombro, y derraman lágrimas silenciosas. Desde aquel mismo momento, el Alcázar está salvado. Sereno, con la serenidad, con la confianza que da el deber cumplido, el Coronel Moscardó continúa su diario de guerra sin que el pulso le tiemble un instante.



Fachada a mediodía, que da sobre la esplanada de Capuchinos; la torre de poniente fué completamente volada por la mina.

EL ASEDIO AL ALCÁZAR

El asedio ha comenzado el 21. La aviación empieza a hostilizar y una columna, mandada por Riquelme, el General que intentará después llevar al deshonor a los heroicos defensores,



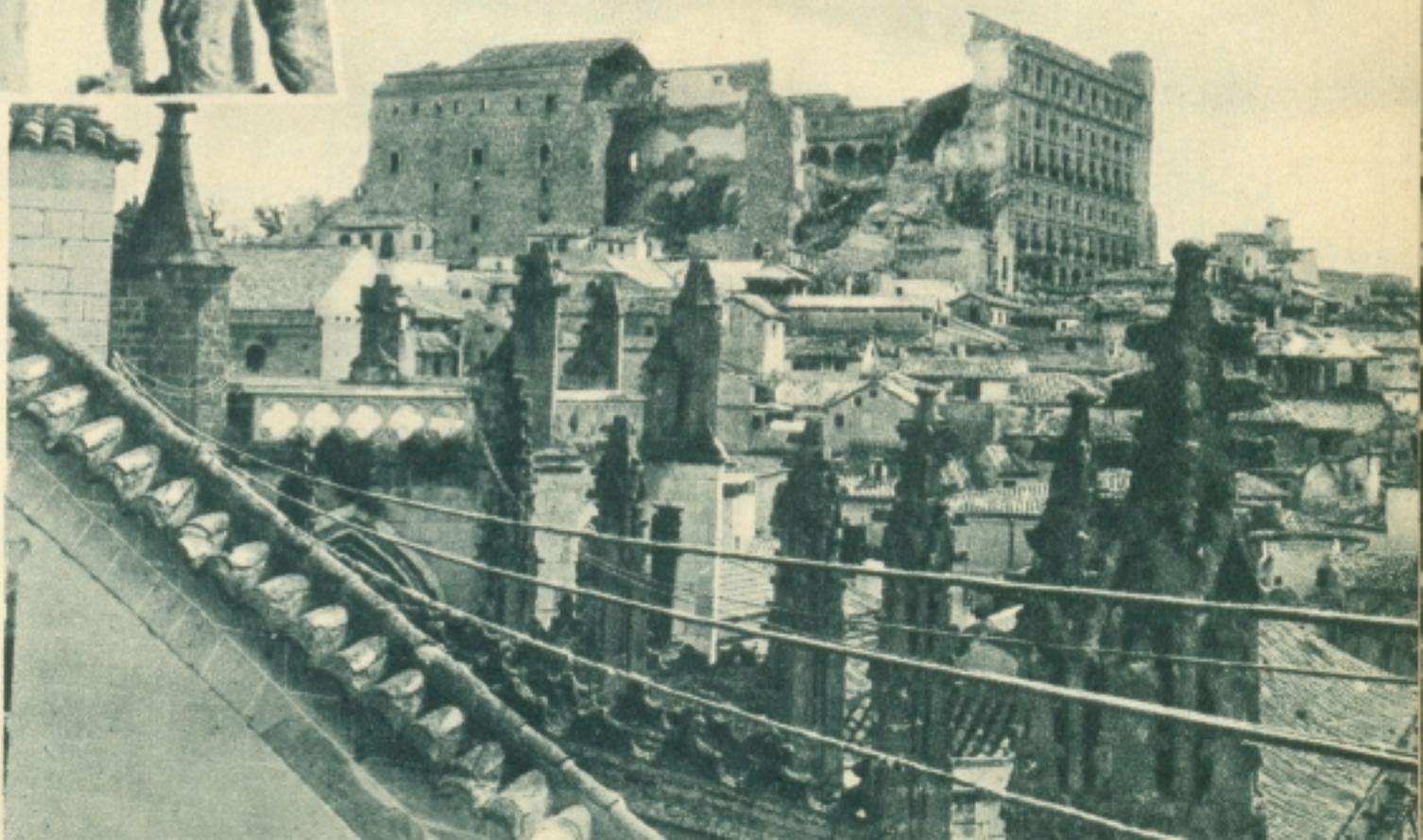
inicia el asalto, siendo derrotada con grandes pérdidas por la sección de Tropas de la Escuela de Gimnasia, al mando de algunos Profesores, en total poco más de treinta hombres.

Este fracaso, inexplicable para los rojos que todo lo confían de la masa, hace que, exasperados, empiecen a vomitar metralla desde el día 23. Y empieza a derrumbarse el edificio, gloria de arte de Cobarrubias, Villalpando y Herrera. Los rojos ya no cesarán en su bárbaro destrozo hasta el día 28 de Septiembre, en que los Legionarios y demás tropas, al mando del General Varela, darán vista a Toledo y, conquistándola, entrarán con prisas de heroísmo y de consuelo, por la brecha de los muros abiertos, para abrazar a aquellos supervivientes heroicos. Sombras de un mundo de leyenda, irán apareciendo famélicos y desarrapados; pero, con un brillo de gloria en los ojos y una fe tan intacta, que aún hubiesen podido continuar en la defensa cuantos días tardase la muerte en llegar al último de todos ellos.

SE ORGANIZA LA VIDA

Después de la conversación telefónica del General Moscardó con su hijo, la situación empeora notablemente. Los rojos estrechan el cerco con saña

El Alcázar desde el ábside de la Catedral. Se ve el ángulo SO. completamente destrozado por la explosión de las minas.





Patio del Alcázar en ruinas.



imponente. También cortan la luz y los defensores tienen que empezar a improvisar todas las cosas indispensables, que sólo consiguen el ingenio y la fe en el triunfo final. Lo primero, la luz, la llama rojiza y pobre que brota en lo alto de unas antorchas hechas con trozos de camisa y sebo de caballo.

Ala del claustro del Convento de San Clemente, tan acogedoramente armonioso en su sencillez. Tradicionalmente y artísticamente popular. Incendiado primero por los rojos, fué bombardeado el 12 de Mayo 1937, cayendo sobre él cinco bombas y resultando muertas varias monjas.

Se va organizando la vida, como mejor se puede, en el recinto del Alcázar. La primera consigna es la



de que no invada el pesimismo. Cuando alguno está triste, se le lleva a la cámara del optimismo, y sale de allí como nuevo. Se imprime el «Diario del Alcázar», que no falta ni un sólo día y que será la mejor crónica de sus hechos maravillosos. Las mujeres y los niños pasan a los sótanos, al resguardo de las bombas y de la metralla. Los hombres, cada uno a su puesto de combate y de esperanza en el Caudillo.

Ruinas del patio y de la escalera principal, mandada construir por Felipe II

La vida se torna heroica y ascética. Cuando falta la harina se recurre al trigo. Cuando llega a faltar éste, varios voluntarios hacen una salida para arramblar, en la

Patio del Alcázar, con el ala Sur del edificio, donde está, derrumbada, la caja de la escalera monumental. Los escombros pertenecen a la torre del SO. volada por la mina subterránea.



noche iluminada por la metralla y el fuego de los cañones, con media docena de sacos almacenados en los sótanos del Banco de Bilbao, edificio inmediato al recinto sitiado, y así durante varias noches. Ya está resuelta la situación por el momento. Se hace andar a un molino inservible, con el motor de una motocicleta, y las primeras tortas, hechas con la harina molida, pasan calientes a la enfermería.

La miseria empieza a apoderarse de aquel puñado de héroes. Se tienen que improvisar letrinas en los pasillos, colgando unas esteras para salvar la honestidad. Las deyecciones y los restos de los caballos sacrificados, apestan el ambiente.

A los peligros del sitio se unen las molestias de la mayor estrechura material. Pero no importa. Los defensores se privan de lo más indispensable para que no falte nada a las mujeres y a los niños. En la enfermería es donde únicamente hay alimentos, pues los pocos que tenía el Depósito de Víveres de la Academia y los que la Aviación Nacional arrojó, se reservaron para los heridos y enfermos. Pero a última hora, sólo se hacía en la enfermería comida especial para los heridos graves.

RELIGIÓN Y SANIDAD

También se organizan la vida religiosa y la sanitaria. Como no hay sacerdotes, tres oficiales alternan como capellanes con la superiora de las hermanas de la Caridad. Nunca mejor



cumplidas las palabras de José Antonio: los defensores del Alcázar son verdaderos cruzados, mitad monjes, mitad soldados, en su duro y prolongado sacrificio por España. Porque se vive en perpetuo milagro y heroísmo.

Los caídos van recibiendo santa sepultura. Primero se los entierra en el picadero, después, cuando los rojos lo han sabido y tiran ya contra los entierros, sin que su odio perdone a la muerte, hay que esperar a la noche. Más tarde se improvisan otros lugares de enterramiento.

La Sanidad improvisa también sus servicios —a pesar de la escasez de medios materiales— de modo excelente. De muerte natural sólo mueren dos ancianos de más de setenta años. Entre las mujeres y los niños no se da ni un solo caso de enfermedad.

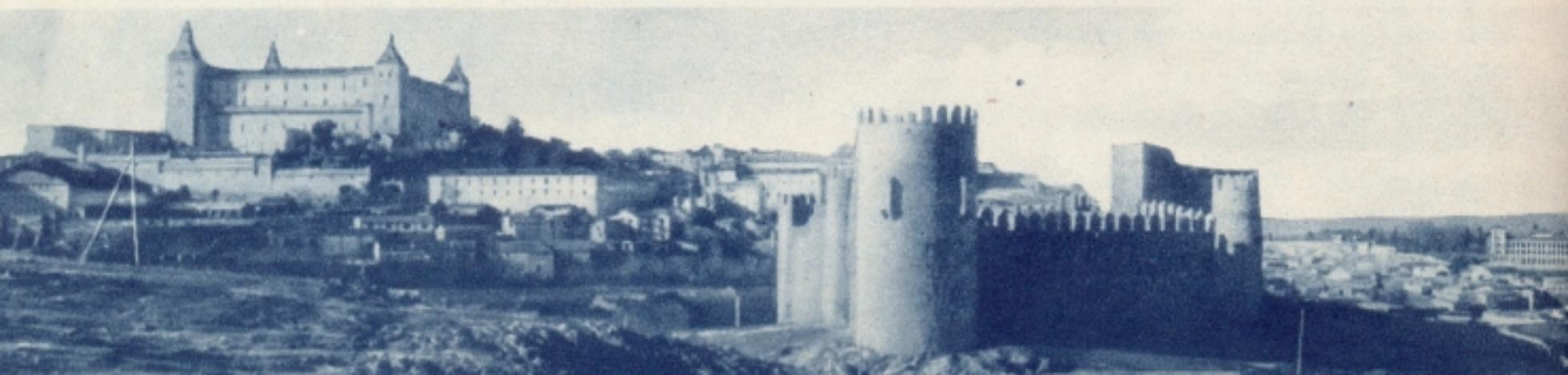
Tres médicos y un practicante, a la luz de una bujía improvisada con grasa de caballo y una hilacha en una lata de conservas, y con pésimos instrumentos quirúrgicos, hacen amputaciones de piernas y brazos, extracciones de metralla y asisten a las mujeres en dos alumbramientos. A pesar de la atmósfera pestilente y sombría, ni un sólo caso de infección.

Y así un día y otro día, con valor que raya en locura y con hechos que son verdaderos milagros.



LA BOMBA DE 5.000 KILOS

Habían desplazado de Asturias los rojos a sus mejores mineros. Como con sus disparos a distancia y sus bravatas detrás del parapeto no conseguían rendir a los sitiados, emplearon el cobarde procedimiento de siempre, que no exige el asalto a pecho descubierto, la mina subterránea para volar el edificio. Una bomba de 5.000 kilos, de dinamita y trilita, iba a derrumbar





Arco de la Sangre, que daba entrada a Zocodover, desde la cuesta del Carmen.

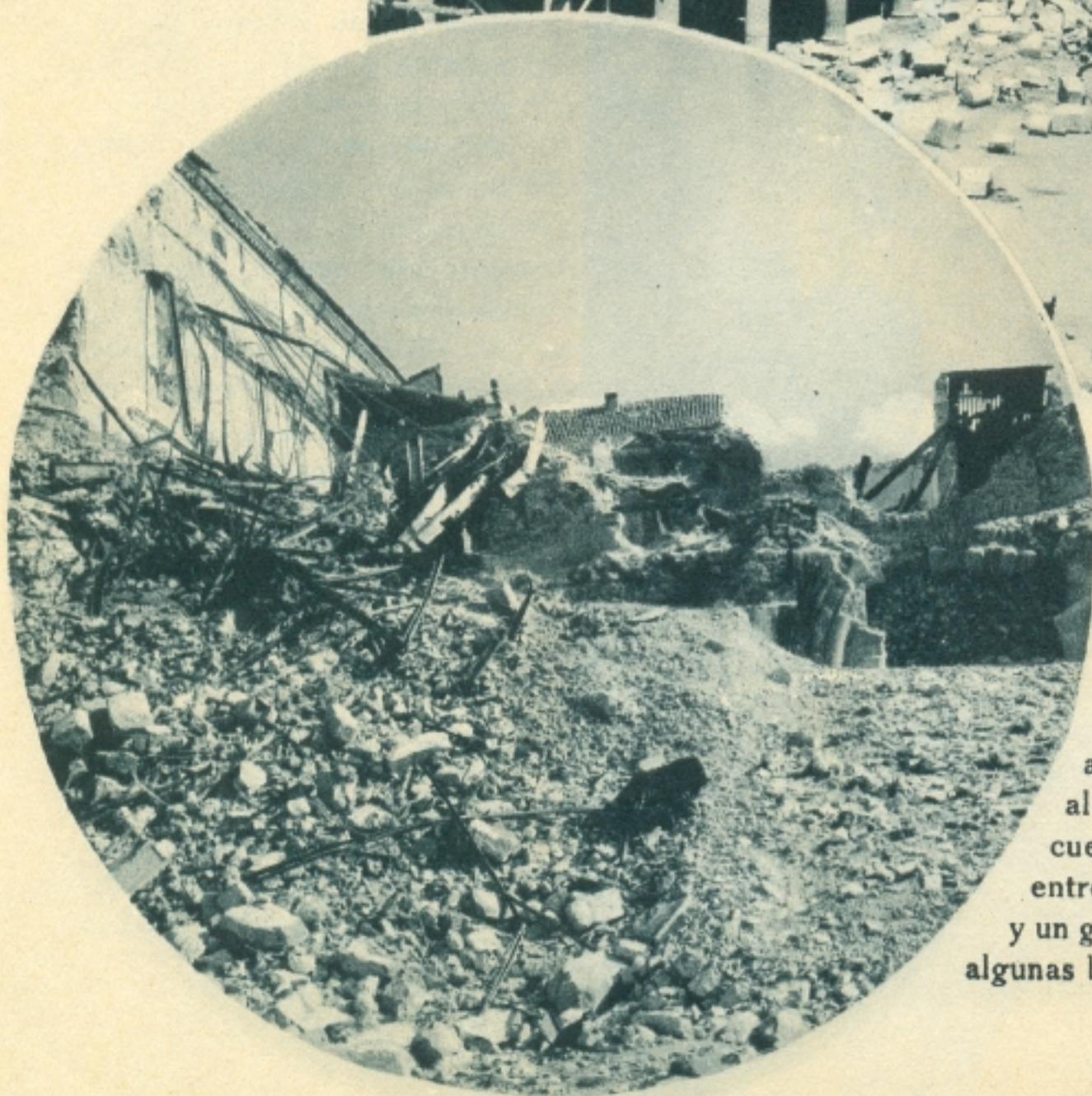


todo el Alcázar. Después, ellos acabarían con los supervivientes por medio de una granizada de bombas de mano.

Posada de la Sangre, desde el interior del mismo Arco.

Pero los sitiados presienten los acontecimientos: después de colocar a las mujeres y a los niños, en la parte opuesta a la de la mina, cada uno ocupa su lugar fijado por el Mando, y se da la orden de que la última gota de sangre hay que derramarla matando.

El estruendo de la mina fué inenarrable. Parecía como si volase toda la ciudad. Las torres se derrumbaron estrepitosamente. Algunos defensores fueron sepultados: otros, cegados en un principio por la explosión, reaccionaron, sin embargo, valerosamente, y ocuparon los puestos designados. Las mujeres gritaban como locas: algunos hombres medio enterrados, animaban a los demás con gritos a España.



Los arcos supervivientes, que recuerdan la maravilla total del patio, nos parecen más bellos, y con su testimonio hacen que sintamos más la arquitectura perdida.

En esta confusión los rojos, que estaban ya preparados, avanzan y los nuestros les salen al paso. Lucha desigual cuerpo a cuerpo. Un miliciano logra clavar entre dos paredes una bandera roja y un grupo de los nuestros a costa de algunas bajas, la retiran y clavan nues-

tra enseña. La acometida de los nuestros ha sido tan fuerte que tienen que retroceder los sitiadores. Los cadáveres rojos dan testimonio de una de las más grandes derrotas que se le inflinge al enemigo. Sólo les ha costado a los defensores 13 muertos y 48 heridos. El número de heridos rojos es tan grande que los camiones que los transportan obstruyen el puente de San Martín.



CUATRO INVITACIONES A LA RENDICIÓN

Cuatro fueron las invitaciones a la rendición, por parte de los rojos.

La primera —como queda dicho— la hizo el General Riquelme, que sin duda olvidó por un momento lo que era el honor militar cuando la propuso por teléfono, con falsos halagos, al entonces Coronel Moscardó.

La segunda la hizo el Ministro Barnés, también por teléfono. Empleando sus artes melifluas de viejo institucionista, pedía la rendición en nombre del arte, que ya habían pisoteado y destruido los suyos.

Destrozos en el ala oriental,
que miraba al río.

La fachada del oeste que daba a la cuesta del Alcázar
con sus torres voladas por las minas.

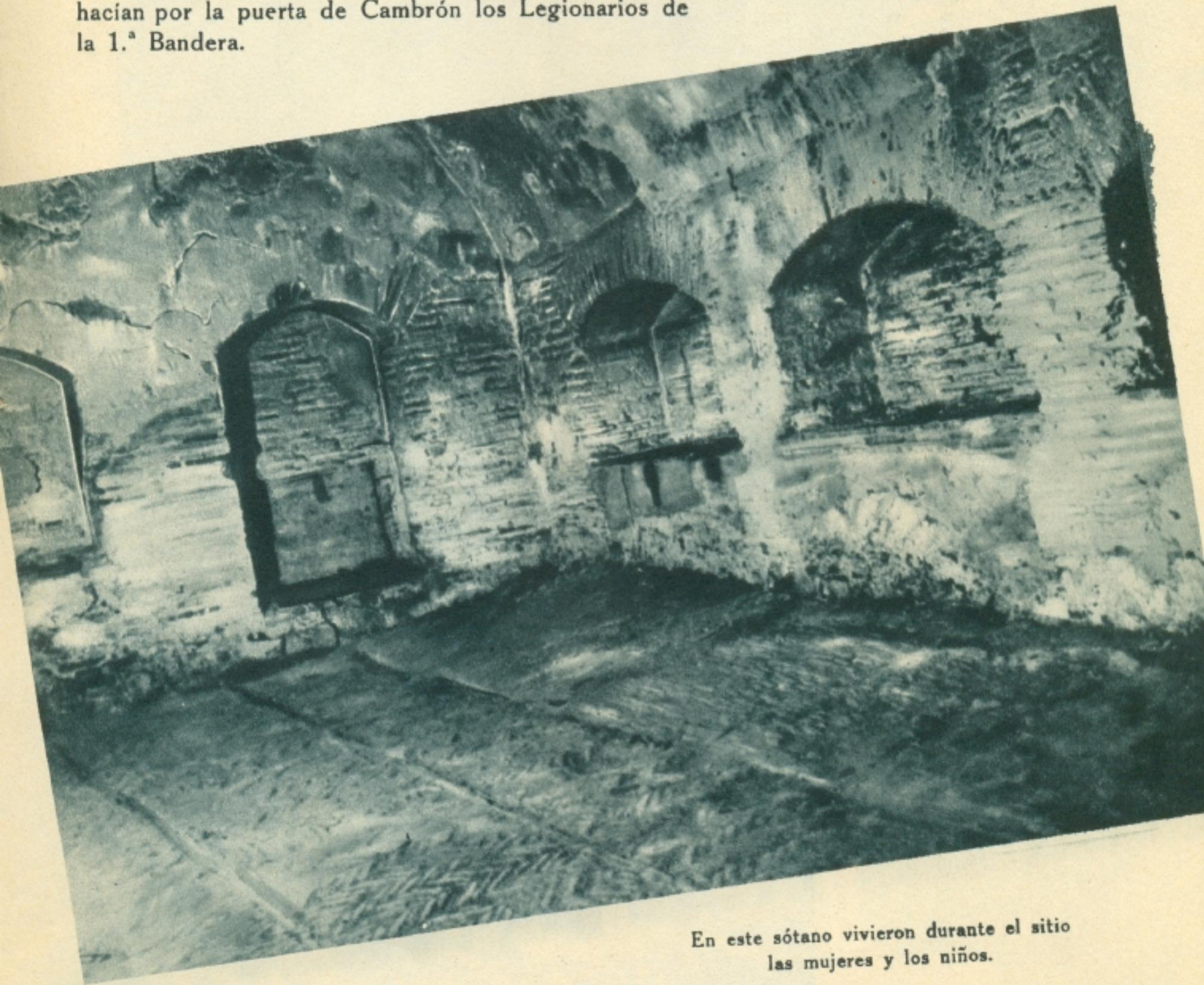


La tercera se hizo por medio de un emisario, el Comandante de Infantería Rojo, antiguo profesor de la Academia, al que prometieron respetar los nuestros, y así lo cumplieron. Con los ojos vendados llegó hasta la presencia de Moscardó y allí en nombre del Gobierno rojo ofreció lo siguiente: respetar la vida de las mujeres y los niños, que podrían evacuar sin riesgo alguno: respetar, asimismo, la vida de los soldados, los que quedarían licenciados, y someter a los oficiales al juicio de los tribunales. Naturalmente, se le contestó que no se rendían, estando dispuestos a permanecer en el Alcázar hasta morir.

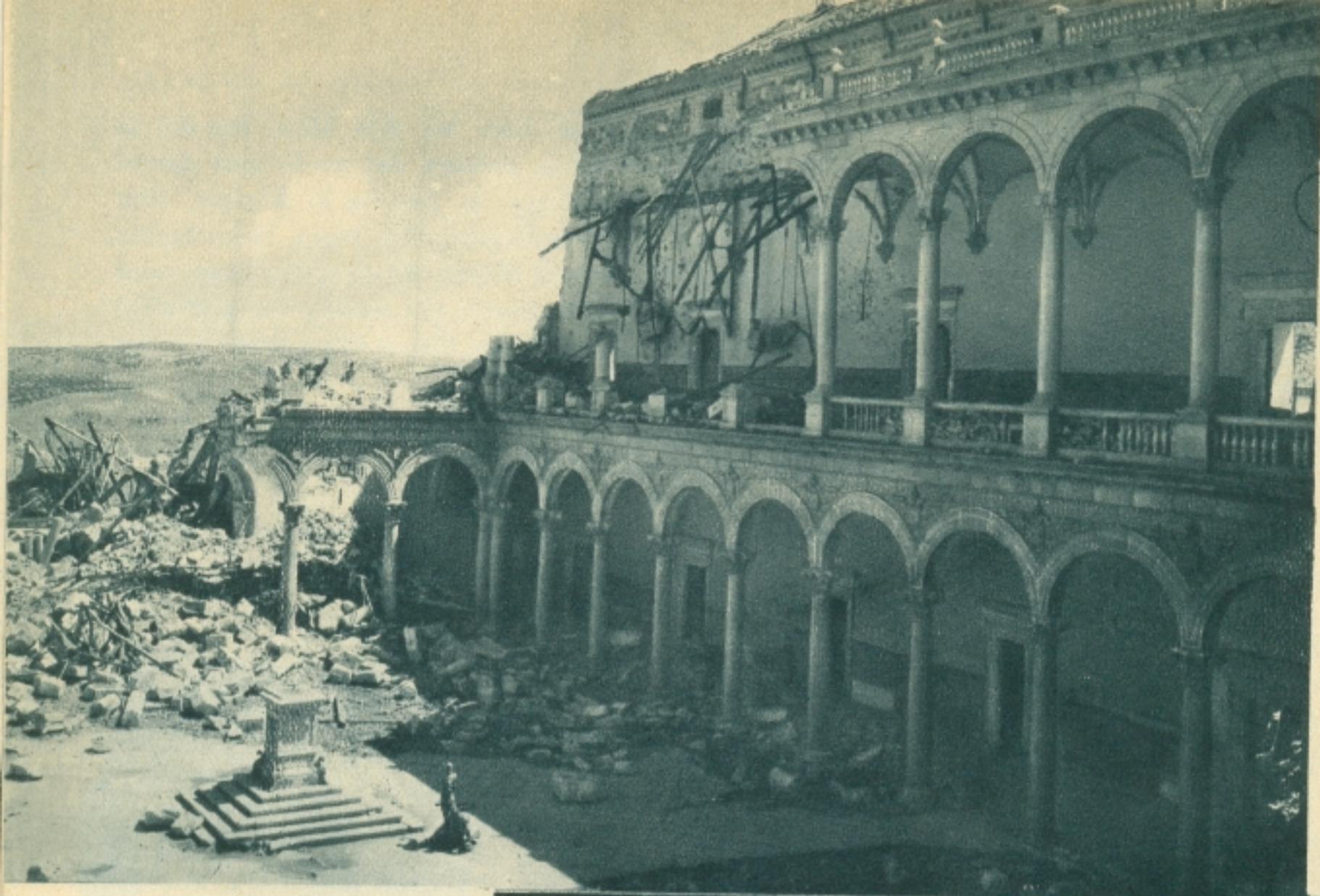
La más emocionante fué la visita del Padre Camarasa. Este les dijo Misa, les dió la comunión y les absolvió «in artículo mortis», dirigiéndoles la palabra del modo más derrotista y patético. No fué únicamente su misión religiosa lo que le llevaba al Alcázar, sino la política de reiterar una vez más la invitación para que se rindiesen. Más cauto, la invitación iba dirigida a las mujeres y a los niños en especial. El General Moscardó no quiso coaccionar a nadie. Preguntada una de ellas, respondió en nombre de todas, que rechazaban enérgicamente el salir de allí si no era con los hombres, y que estaban dispuestas a morir con los defensores.

LIBERACIÓN DEL ALCÁZAR

A la una y media de la tarde, del domingo 27 de Septiembre, los Regulares del Comandante Mizzian-Ben-Kassen, atravesaban llenos de ardor bélico el recinto amurallado de la Imperial Toledo por su puerta de Visagra. Al mismo tiempo, lo hacían por la puerta de Cambrón los Legionarios de la 1.^a Bandera.



En este sótano vivieron durante el sitio las mujeres y los niños.



Aquí queda la belleza renaciente del patio, sublimada por el dolor de su destrucción.





La Iglesia de la Magdalena, de estilo mudéjar toledano, inmolada por los destructores por ser templo del Señor.

Fragor de combate, lucha encarnizada, disputando puerta a puerta las casas de la ciudad, hasta que Toledo fué nuestro. Ya sólo faltaba liberar el Alcázar, y a las seis de la tarde una sección de Regulares de Tetuán, llegaba por la explanada Norte, avanzando por los escombros:

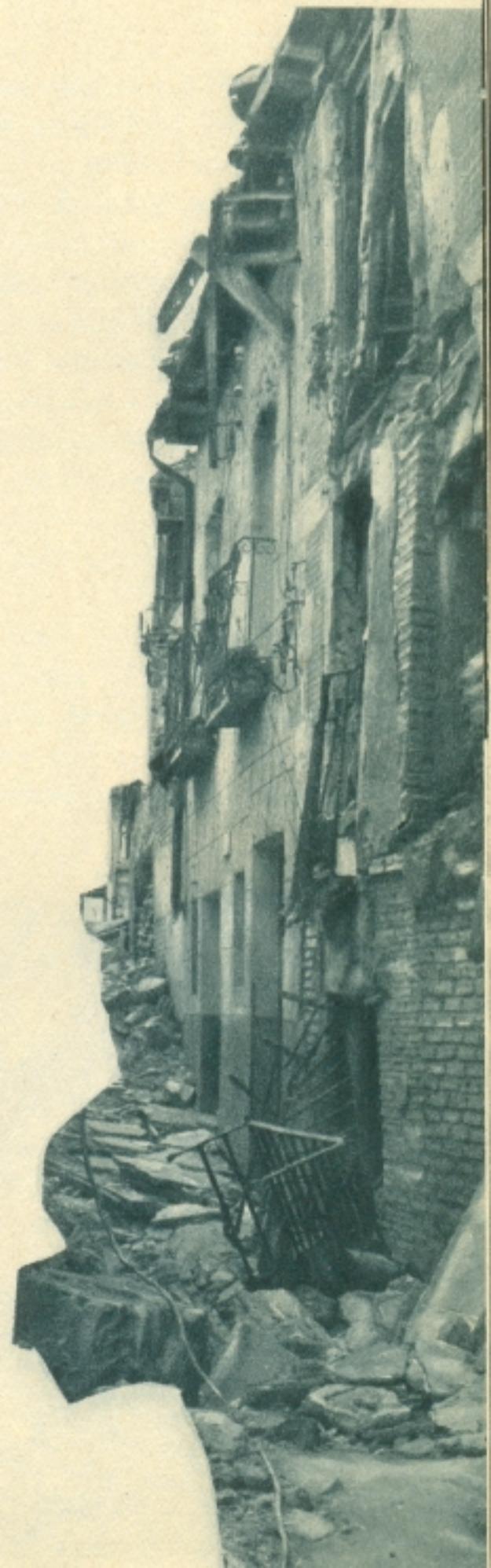
—¿Quién vive?

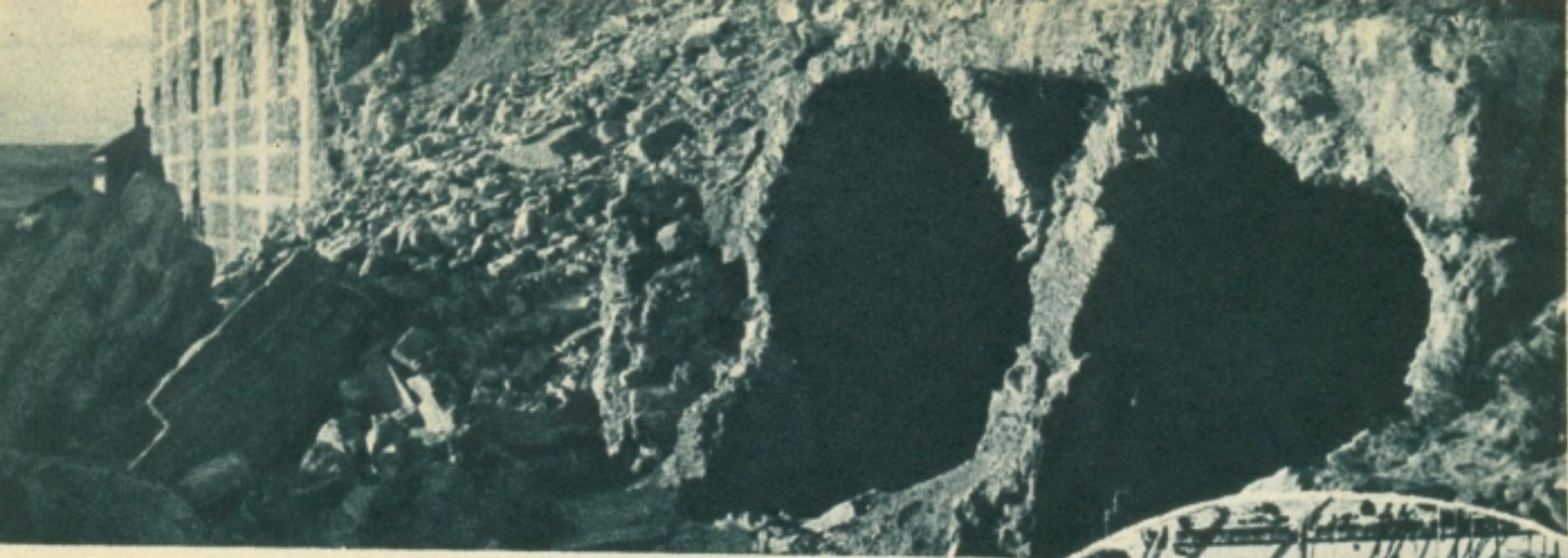
—¡Fuerzas de España! ¡Regulares de Tetuán!

Hubo un momento de duda y de sospecha. Se dilataban los segundos, pesados y angustiosos, hasta que, reconocidos unos y otros, se abrazaron con un ¡Viva España! delirante.

La 1.^a Bandera de la Legión acababa de entrar también.

A la luz de una linterna que traía uno de los Regulares, iban





subiendo de los sótanos hombres, mujeres y niños, con un brillo heroico en los ojos que aumentaba la fiebre y el hambre.

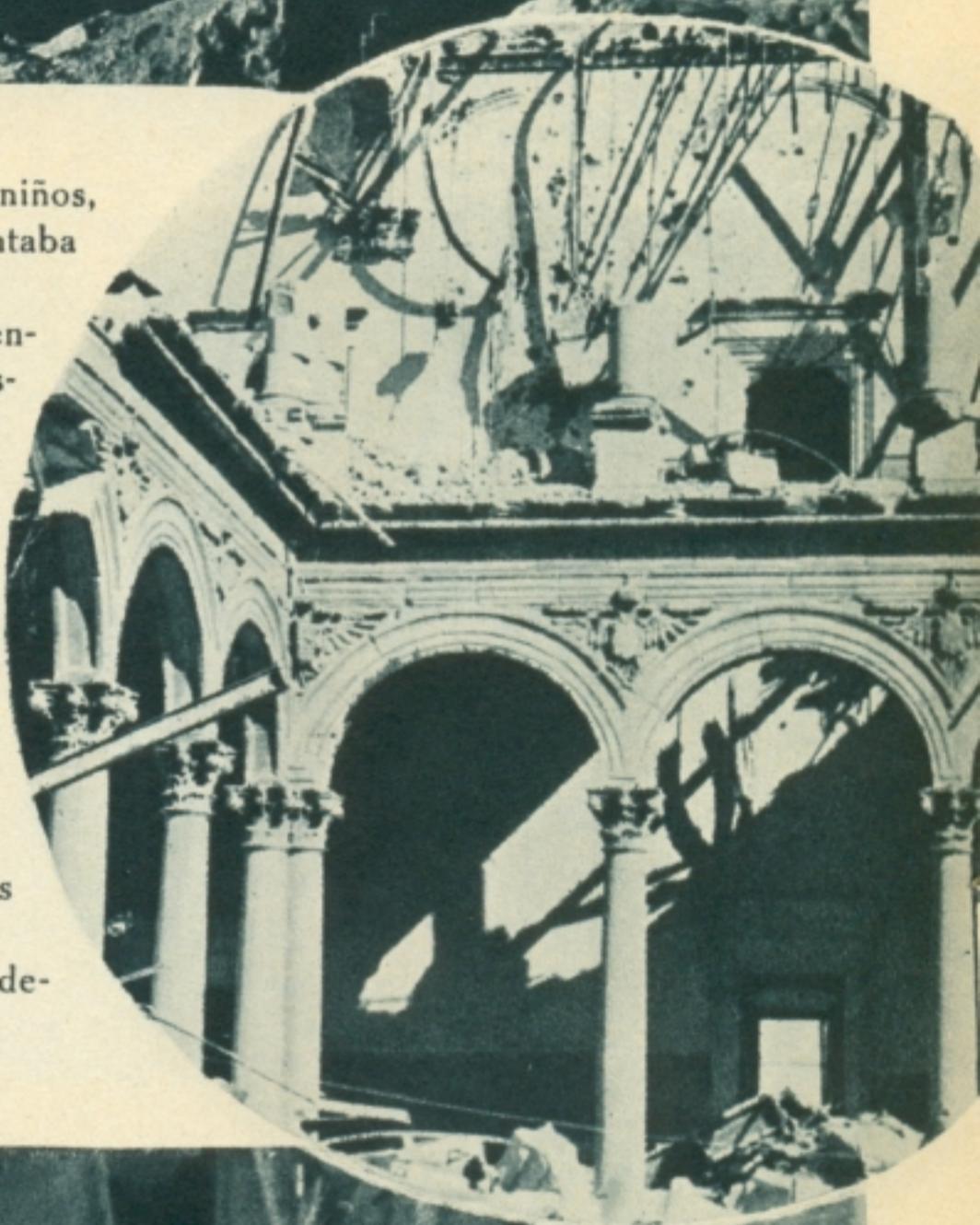
Después, gritos de júbilo; desfallecimientos de emoción por parte de quienes no desfallecieron durante la lucha; abrazos, vivas a España, corazones en alto. ¡Ya eran libres!

Cuando el General Varela entra en el Alcázar y avanza hacia los defensores que le esperan formados militarmente, el Coronel Moscardó se cuadra militarmente y lleno de emoción, exclama con energía:

—¡Mi General! ¡Sin novedad en el Alcázar!

Poco después entra el Generalísimo Franco con Millán Astray, y se repiten las palabras de Moscardó, añadiendo:

—¡Mi General! le entrego el Alcázar destruido. El honor ha quedado intacto.



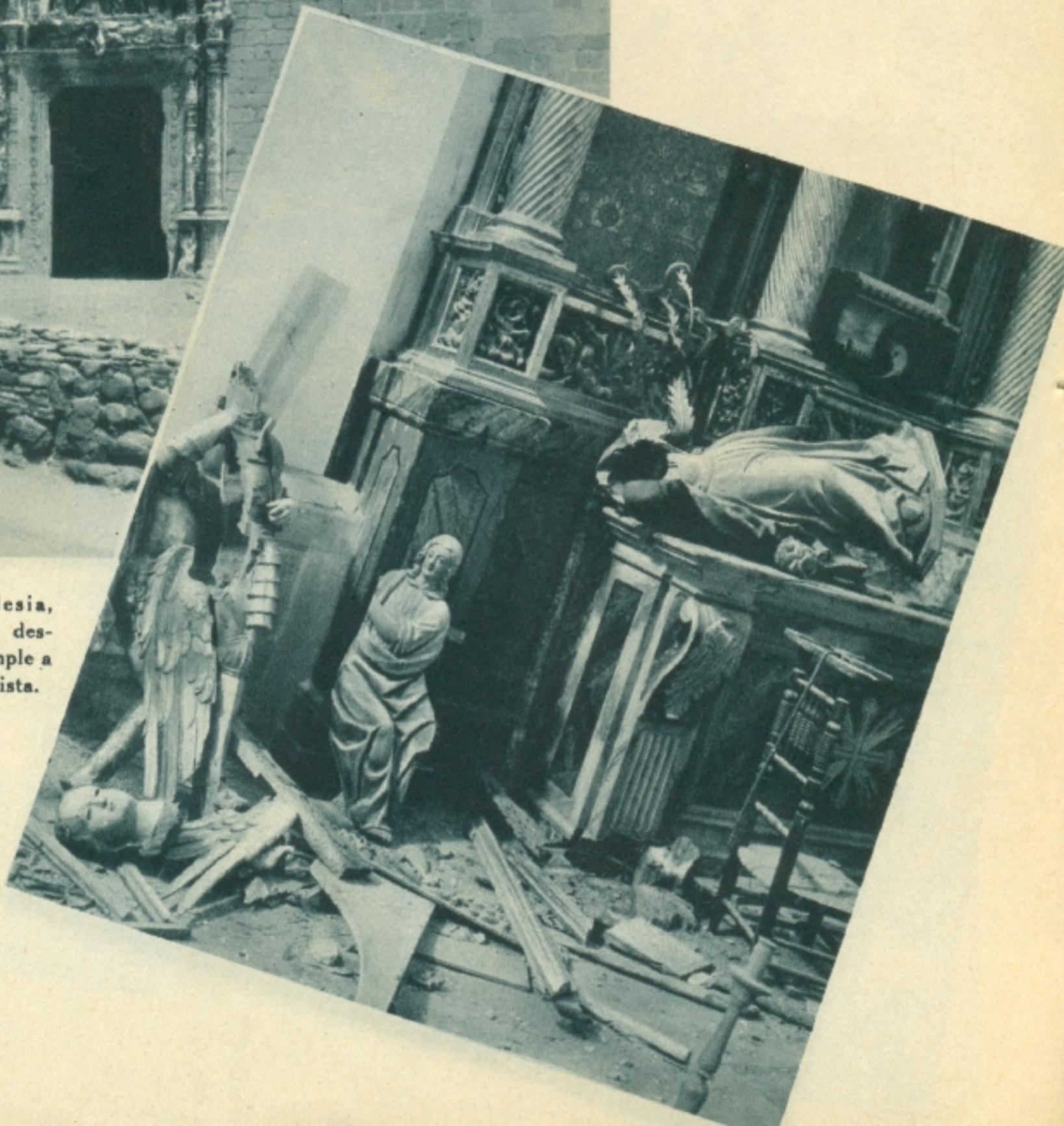
Una tabla y un lienzo del Hospital de Santa Cruz, hoy Museo Provincial. Sobre la Adoración de los Reyes, han dejado los rojos la firma de toda su intención destructora (F. A. I. - C. N. T.) El lienzo es una alegoría del Santo español, Domingo de Guzmán, uno de los más grandes creadores de formas de vida católica, aún triunfantes en el mundo.





Fachada principal del Hospital de Santa Cruz, con sus esculturas mutiladas por las bombas de la aviación roja, torpemente dirigidas contra el Alcázar.

Altar de una iglesia, concienzudamente destrozado, como cumple a la ideología marxista.



Las momias de la Iglesia de San Miguel, profanadas de un modo inconcebible por los rojos, son el mejor testigo, sin comentario, de la calidad humana que han producido todas las teorías negativas de los siglos pasados, integradas en el marxismo. Esta foto representa una «creación insuperable» de los rojos, por su estilo y por su contenido. Si frente a ella, pudiéramos sentirnos irónicos, tendríamos que felicitarles por lo bien que han superado su propia marca.

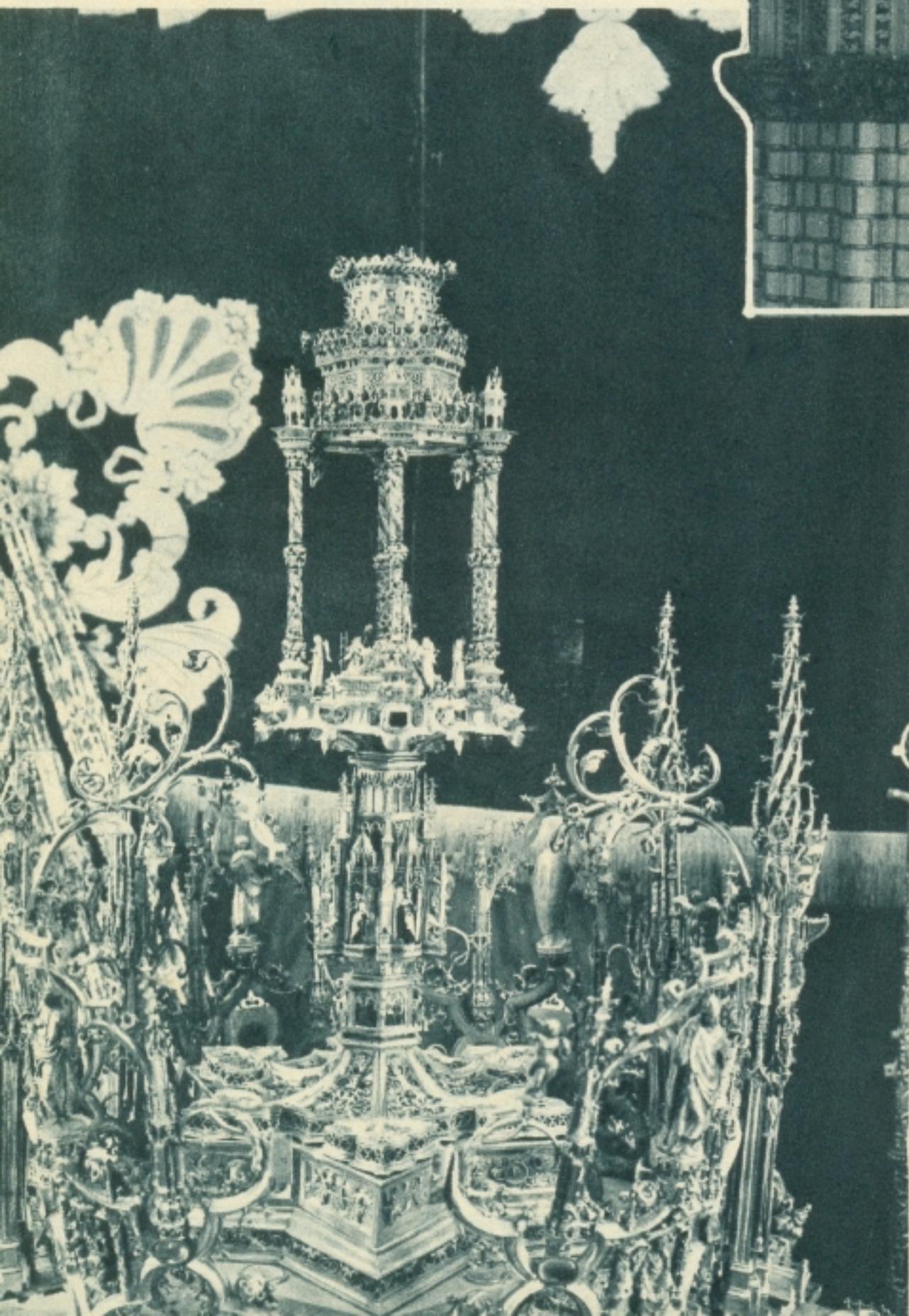


La estatua yacente en mármol del gran Cardenal Tavera, mutilada por los mismos que han arrasado su benéfica fundación, llamada por el pueblo, el Hospital de Afuera.

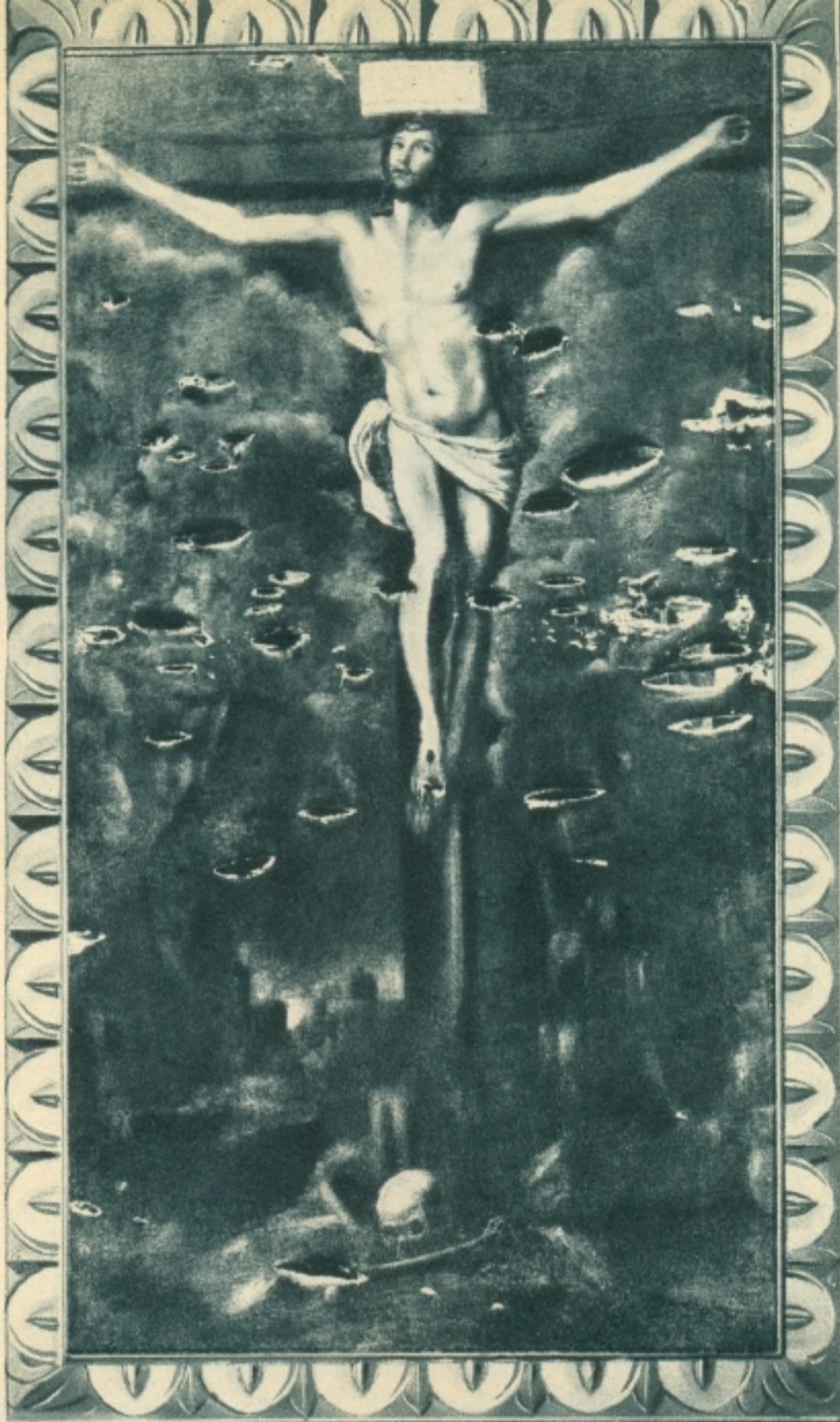


Las vidrieras de la Catedral, saltadas por la explosión de las minas puestas contra el Alcázar.

La custodia de Arfe, guardada en el Tesoro de la Catedral, fué desmontada por los rojos para llevársela. Faltan el viril de oro y muchas piedras preciosas.



Hay un momento de emoción inenarrable; se electrizan las gargantas en vivas a España y al Caudillo; Moscardó impone el silencio; Franco, rodeado de aquellos hombres heroicos, cuyos ojos centellean, después de dar la mano y abrazar a Moscardó, dirigiéndose a todos les dice: «Lo que habéis hecho, no lo olvidará España. Tenéis un puesto entre nuestros héroes antiguos. Habéis dado un glorioso ejemplo a la Nueva España, que se levantará de entre las ruinas y cenizas del Alcázar.



¡ARRIBA ESPAÑA!

En el pecho del Coronel Moscardó, Franco prende la Laureada, y dirigiéndose con voz grave a los soldados les dice que ellos también serán condecorados colectivamente con la Cruz de San Fernando y termina:

—¡Yo os saludo, héroes gloriosos de España!

Mientras el Generalísimo pasea silencioso por entre las ruinas, los gritos y los vivas de emoción se suceden; las mujeres lloran y en todos hay como una emoción de gesta y de leyenda.

CUNDE LA NOTICIA

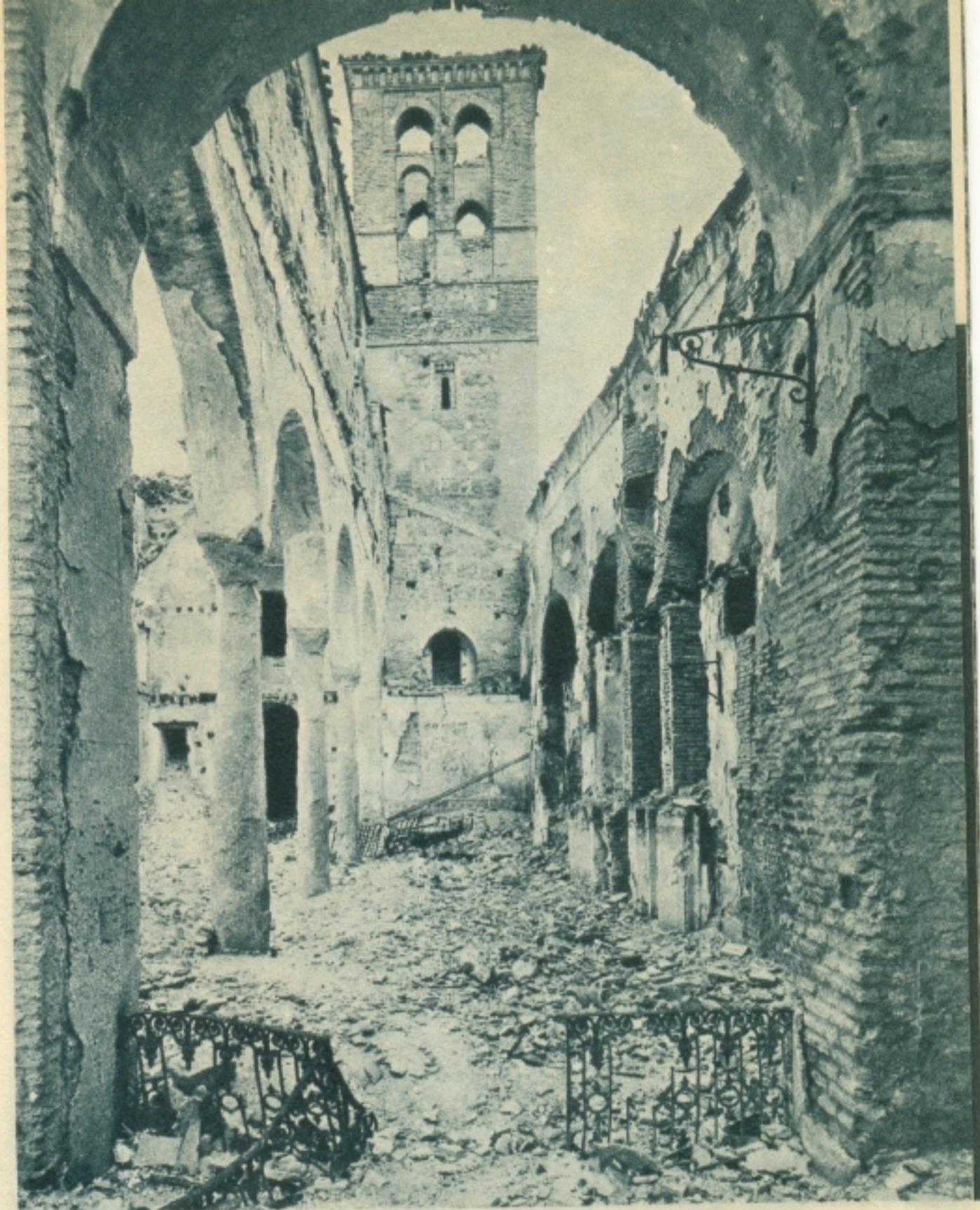
Ya, antes de la liberación del Alcázar, las Prensas del mundo registraban el hecho histórico de su defensa, como una epopeya genuinamente española.



El *Daily Telegraph* decía en su editorial del día 24, «la Historia de España está llena de casos de defensas desesperadas contra los asedios. Lo mismo los Generales de Roma que los Mariscales de Napoleón, descubrieron en los españoles dotes sobrehumanas para la resistencia tras de los muros de un fuerte. A la guarnición que defiende el Alcázar hay que concederle el honor de un heroísmo tan grande como el de los defensores de Numancia y de Zaragoza».

Al conocer la liberación, Luis Delaprée, ya en Francia, escribía: «No hace todavía una semana que, desde la Plaza de Zocodover, contemplaba las ruinas crepitantes del Alcázar, sometidas al martilleo de los «155» de los sitiadores. Algunos disparos, poco frecuentes, probaban que los rebeldes vivían aún bajo los escombros y que no habían renunciado a vender caro su último suspiro».

«Y sentía cierta vergüenza de contemplar con tanto interés lo que se me antojaba una agonía».



A la Iglesia de la Magdalena también le cupo la gloria del martirio por ser templo del Señor.

«No era una agonía».

«Era la esperanza de una resurrección».

«Después de diez semanas de torturas, los enterrados han surgido, vivos, de sus tumbas».

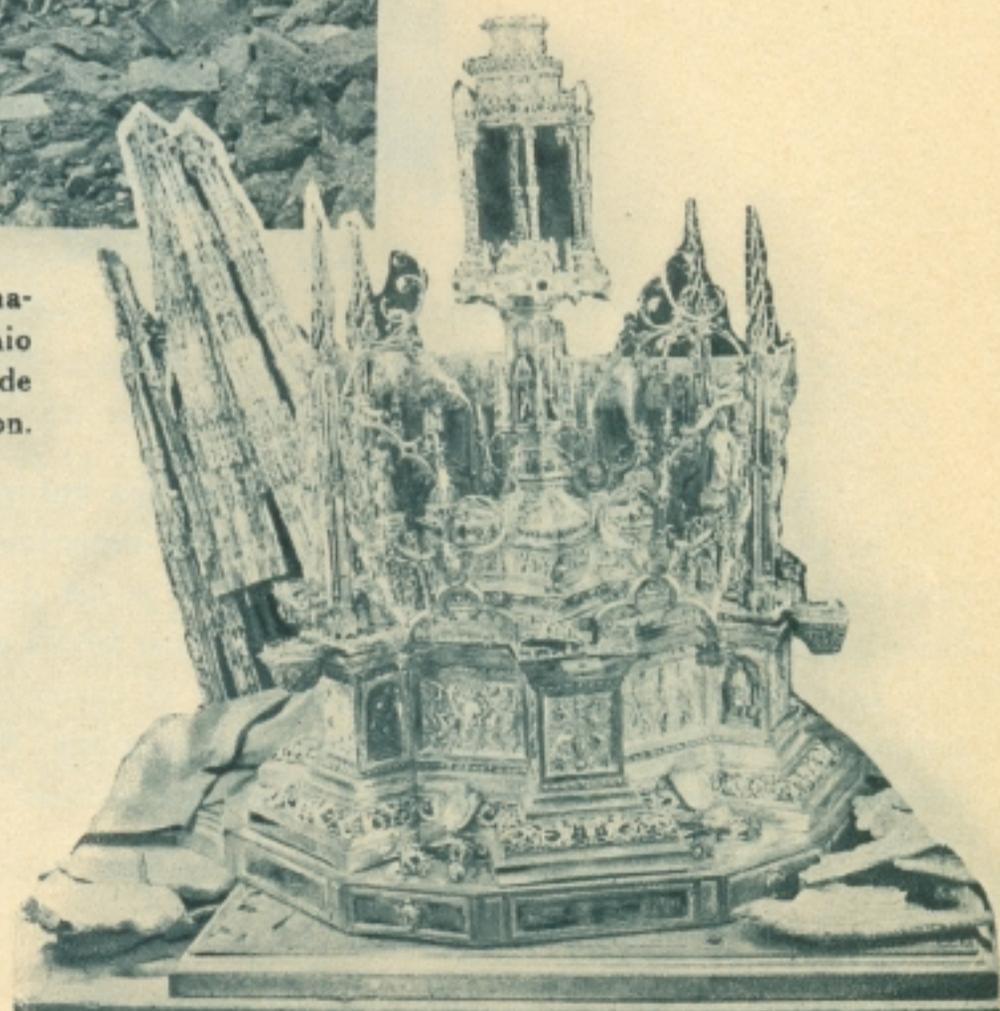
El gesto del Alcázar recorrió en unos instantes el mundo. Hasta los propios enemigos tuvieron que rendirse a la evidencia. Las notas emotivas y los telegramas se suceden, las felicitaciones no cesan, el nombre del Alcázar brilla en todos los cielos.

Los cadetes de Saint Cyr eligen para el curso de terminación de estudios de aquel año, contra la presión del Gobierno francés, un nombre: ALCÁZAR. Es el gesto de unos caballeros alumnos que sienten cómo la gloria se ha apresurado a pasar por las frentes de sus compañeros de la Nación vecina.

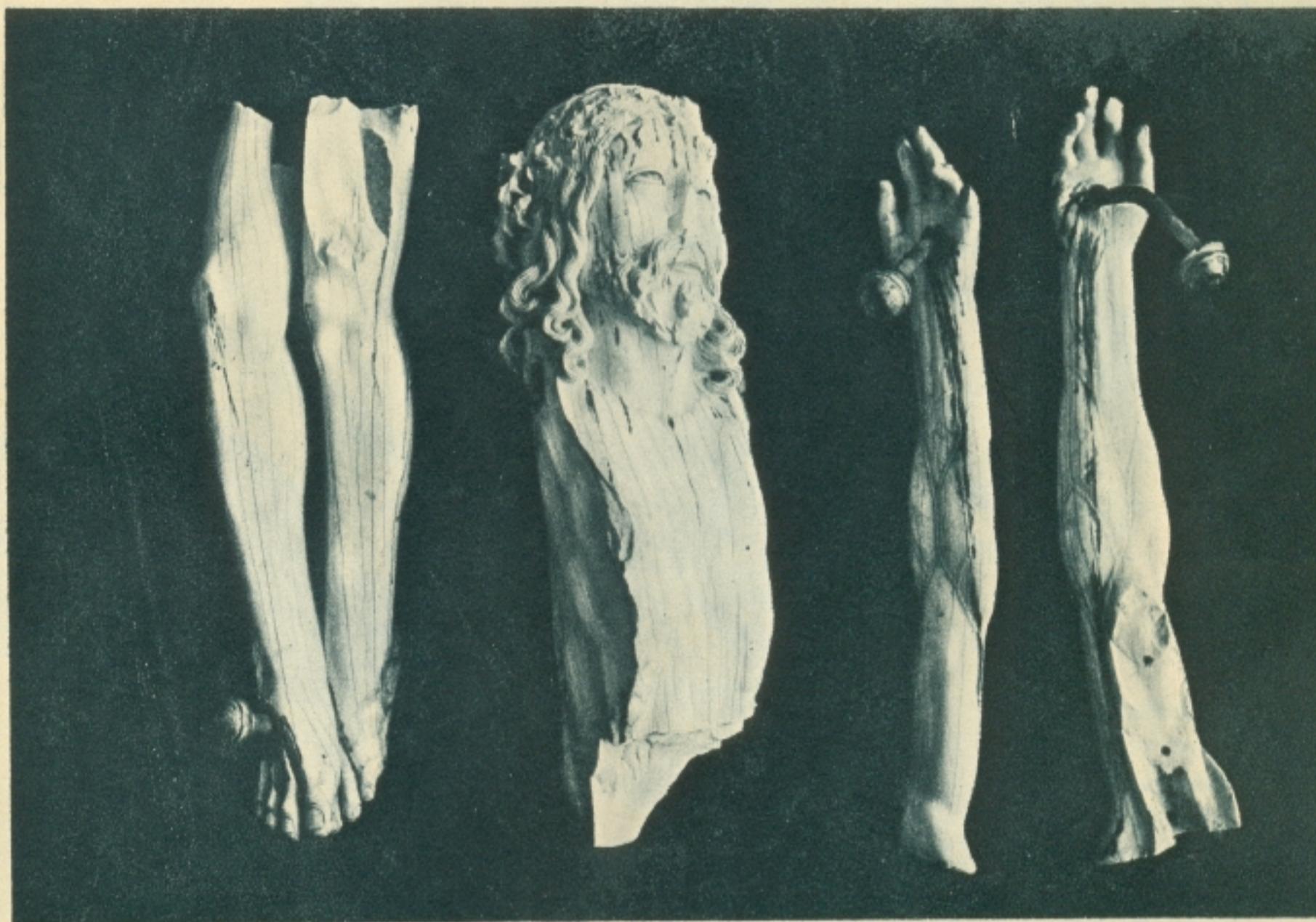
D. FERNÁNDEZ COLLADO.



Bellísimo sepulcro, casi desconocido, de estilo Renacimiento. En él se nos revela el contraste entre el genio artístico del hombre que lo labró y la negación de todos los valores espirituales de los que lo profanaron.



Restos de un Cristo de marfil, de gran tamaño y excelente factura, que se admiraba en el Hospital Tavera.

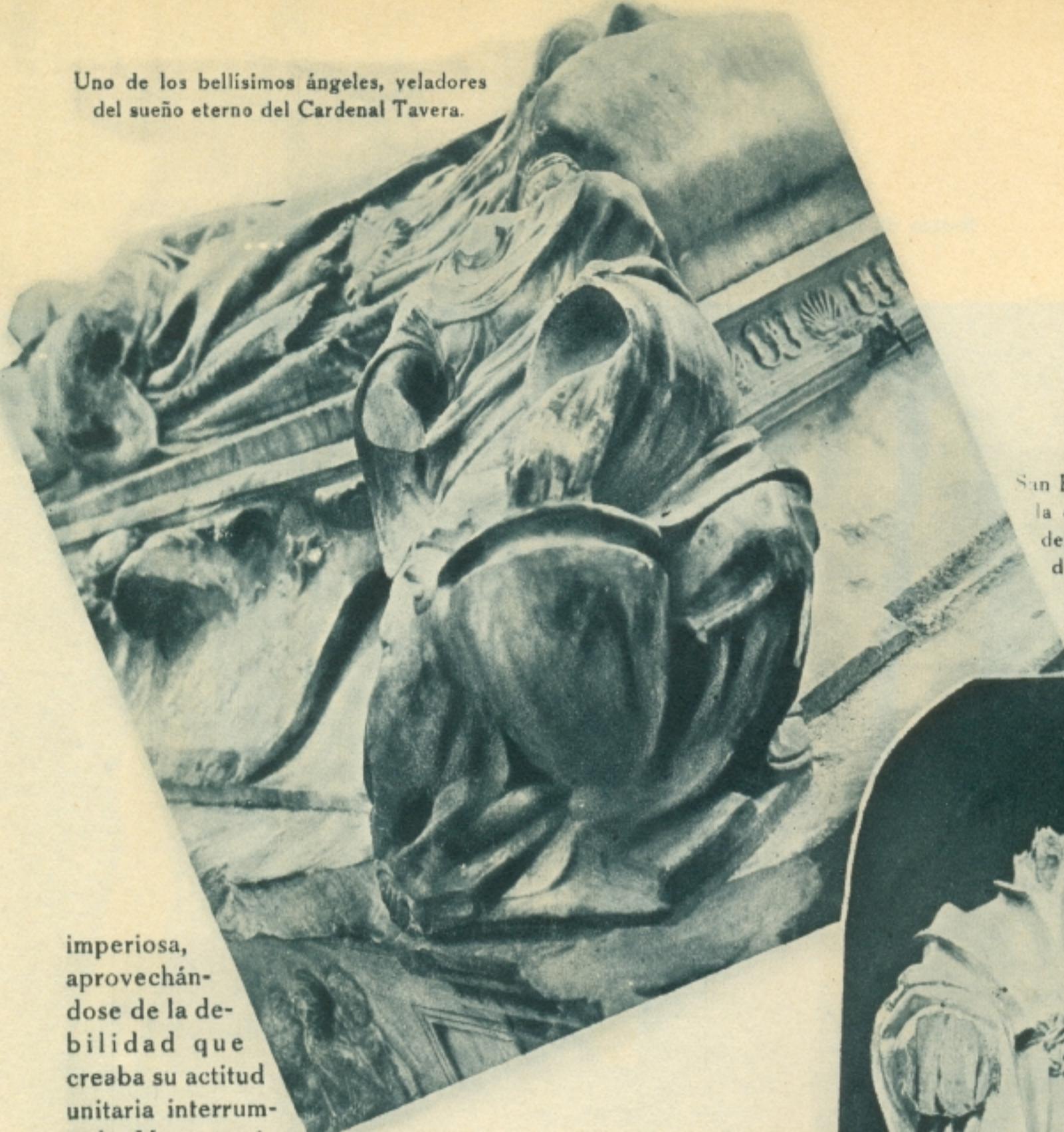


LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD

Pero no sólo el Alcázar ha quedado en ruinas, toda la ciudad de Toledo ha sufrido las consecuencias de la destructora ideología marxista.

En primer lugar, las Iglesias, y las obras de arte religioso. Durante siglos se viene atacando, parcialmente, a la Religión católica en todas sus manifestaciones de vida espiritual. Pero en Julio del 36, llegó la hora del ataque a fondo, total; y tuvo lugar principalmente aquí, en nuestra España, que era la que totalmente, y a fondo, la venía defendiendo, desde la Reforma. Se ataca la idea de Dios, principalmente, y su vigencia en el corazón y en el pensamiento de los hombres. Pero como el espíritu es uno, atacar a Dios era lo mismo que atacar al espíritu en sus creaciones más altas. También se atacaba a España, en su tradición latente e

Uno de los bellísimos ángeles, yeladores del sueño eterno del Cardenal Tavera.



San Pablo. Le cortaron la cabeza y el brazo derecho, como los judíos crucificaron a Cristo: sin saber lo que se hacían.



imperiosa, aprovechándose de la debilidad que creaba su actitud unitaria interrumpida. Y atacar significaba destruir, porque no se podía levantar nada grande ni bello, frente a la lección solemne del pasado.

Esta lección, los más sutiles, la deformaban, los más bárbaros se la cargaban tranquilamente. Atacaban a Dios, a la Patria y también a los muertos, a la muerte misma, porque para el hombre sin espíritu, la muerte es la nada.

Antes de toda determinación doctrinal, antes de todo concepto, y aún de toda propaganda, ¡qué efluvio malsano desprendía de sí el marxismo! Ante la más ligera afirmación de materialismo, todo corazón noble y generoso tiene que encabritarse, como un *pura sangre*, aunque no sepa bien el motivo por qué se encabrita.

La nave central de San Juan de la Penitencia.



Pero hoy, ya sabemos bien el motivo. Nadie puede hacerse el sordo, ni el ciego. Limitándonos a Toledo, ahí están sus Iglesias destrozadas —una perfecta labor, un buen trabajo al estilo de Moscú, por cierto—: La Magdalena, San Juan de la Penitencia, el convento de la Concepción, San Miguel, con sus muertos al servicio del pueblo, San Pedro Mártir, San Clemente, San Lorenzo. Las que aún quedan de pie, han sufrido saqueo y profanación. Todas pueden presentar los méritos de su Pasión ante el Trono del Padre.

En el Hospital de Santa Cruz, que era Museo Provincial, estaban reunidas muchas joyas de la pintura española, para que los destructores pudieran hacer grandes destrozos en poco tiempo. ¡Qué hermoso campo de experimentación se ofrecía ante sus ojos! Allí iban a poder

Iglesia de San Lorenzo, monumento nacional del siglo XIII, con frescos murales del XIV. Quedó totalmente destruida por el fuego que inmolaba en la misma llama la fe más viva y el arte más admirable.



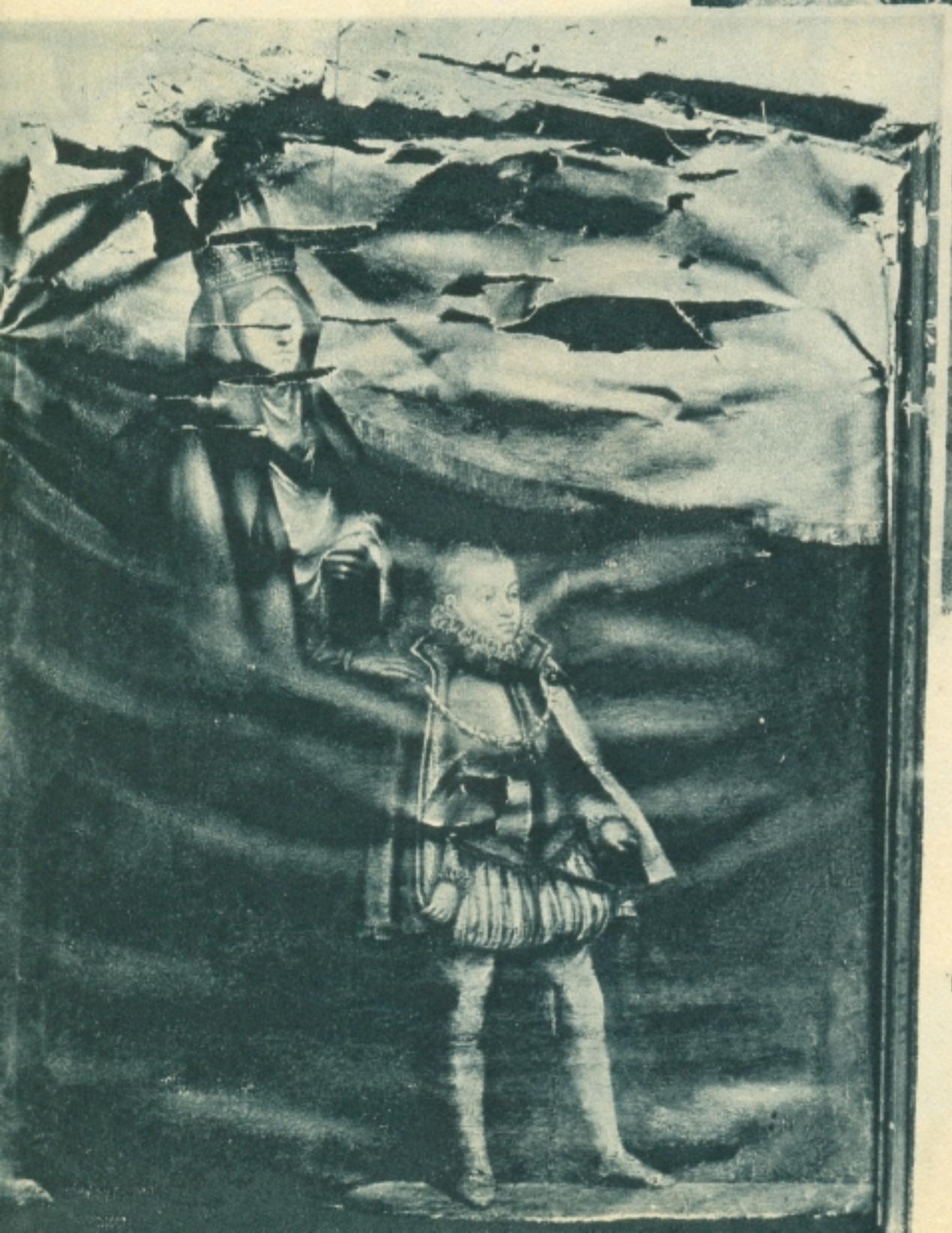
Casas destruidas por la torpeza de la aviación roja que bombardeaba el Alcázar, cuando aún era de ellos la ciudad.





Tres lienzos existentes en el Museo provincial.
Fueron rasgados a conciencia porque eran
arte y, además, arte español y religioso.

Restos de pinturas murales del siglo XIV,
en la iglesia de San Lorenzo.



Tres lienzos existentes en el Museo provincial.
Fueron rasgados a conciencia porque eran
arte y, además, arte español y religioso.

llegar a la plenitud de su ser, en un momento. El cuchillo, — santificado por la familiar participación del pan de cada día — y el hacha, — que poda sabiamente los árboles para que retoñen con más pujanza, o los derriba del todo para poner su madera al servicio de las más bellas construcciones —; el cuchillo y el hacha rasgaban y hendían, no sólo la materia, sino la forma artística y su alto valor espiritual. Y lo hacían sin motivos concretos, sino movidos por un sólo principio fundamental: la negación marxista del hombre que se había apoderado de la masa.

En el Hospital Tavera, la efigie de su fundador es mutilada en el mármol y en el lienzo. En la Catedral, el Tesoro ha sido robado, cuando no se ha perdido sin provecho, pero confirmando así, mejor, la intención de la obra demoledora.

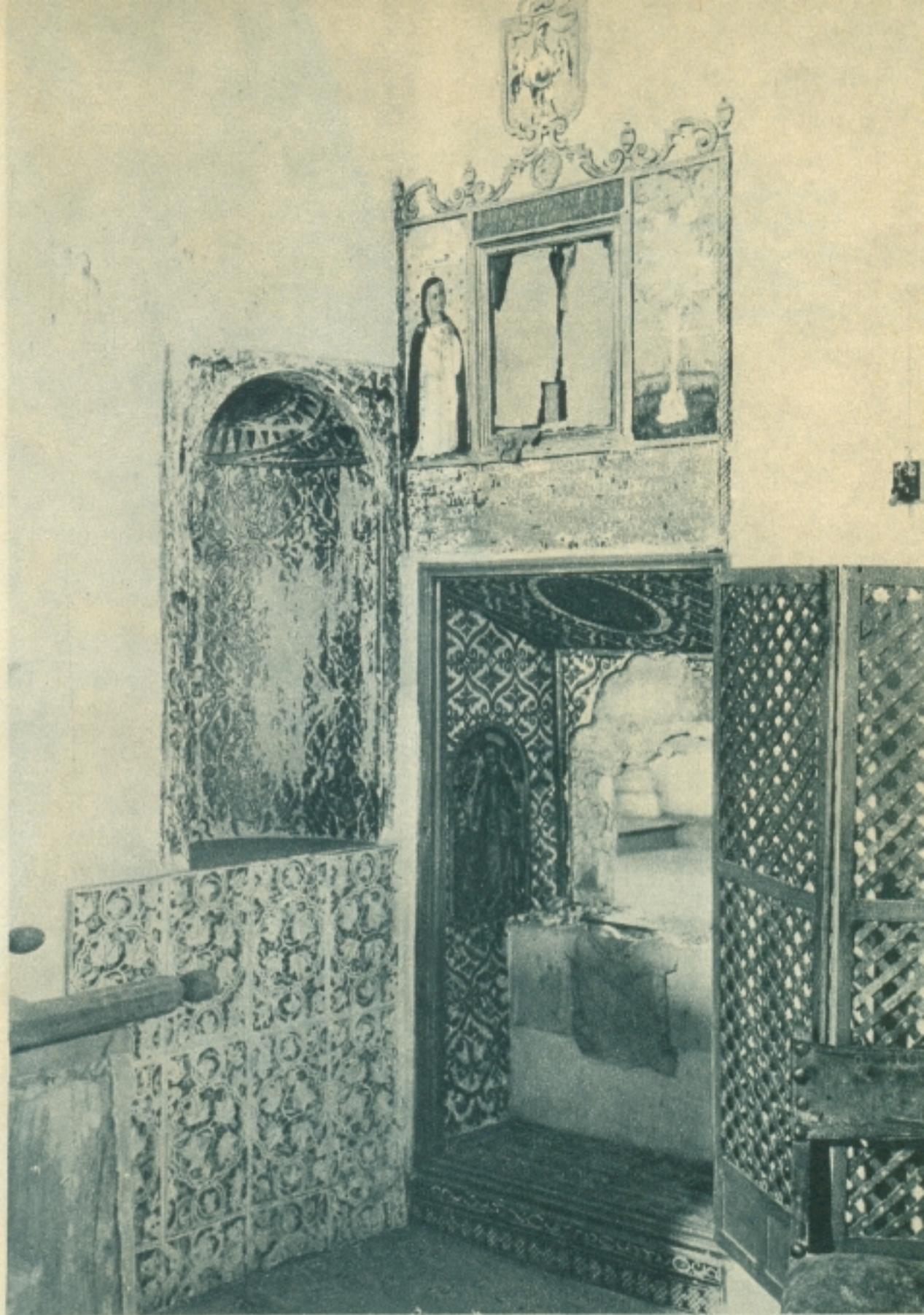
El Zocodover, con su Arco de la Sangre, ha desaparecido. Y la Posada de la Sangre, también. Y profanado, al par de tantos otros, el antiguo recinto del milagroso Cristo de a Vega.

No podemos aquí lanzar ampliamente, a los cuatro

vientos, nuestra lamentación por la ciudad histórica, habitada durante algunos meses por las consignas marxistas. Lamentación que tendría que ser una mezcla de imprecación y de oración tiernísima. Hoy ya, lloramos sobre Toledo con la alegría de España, salvada por el genio militar del Caudillo, desde la más sobria y rica doctrina, católica y española, de José Antonio. La obra del espíritu comienza por las armas. Y nuestro triunfo se funda en la más firme calidad humana de los que lo consiguen.

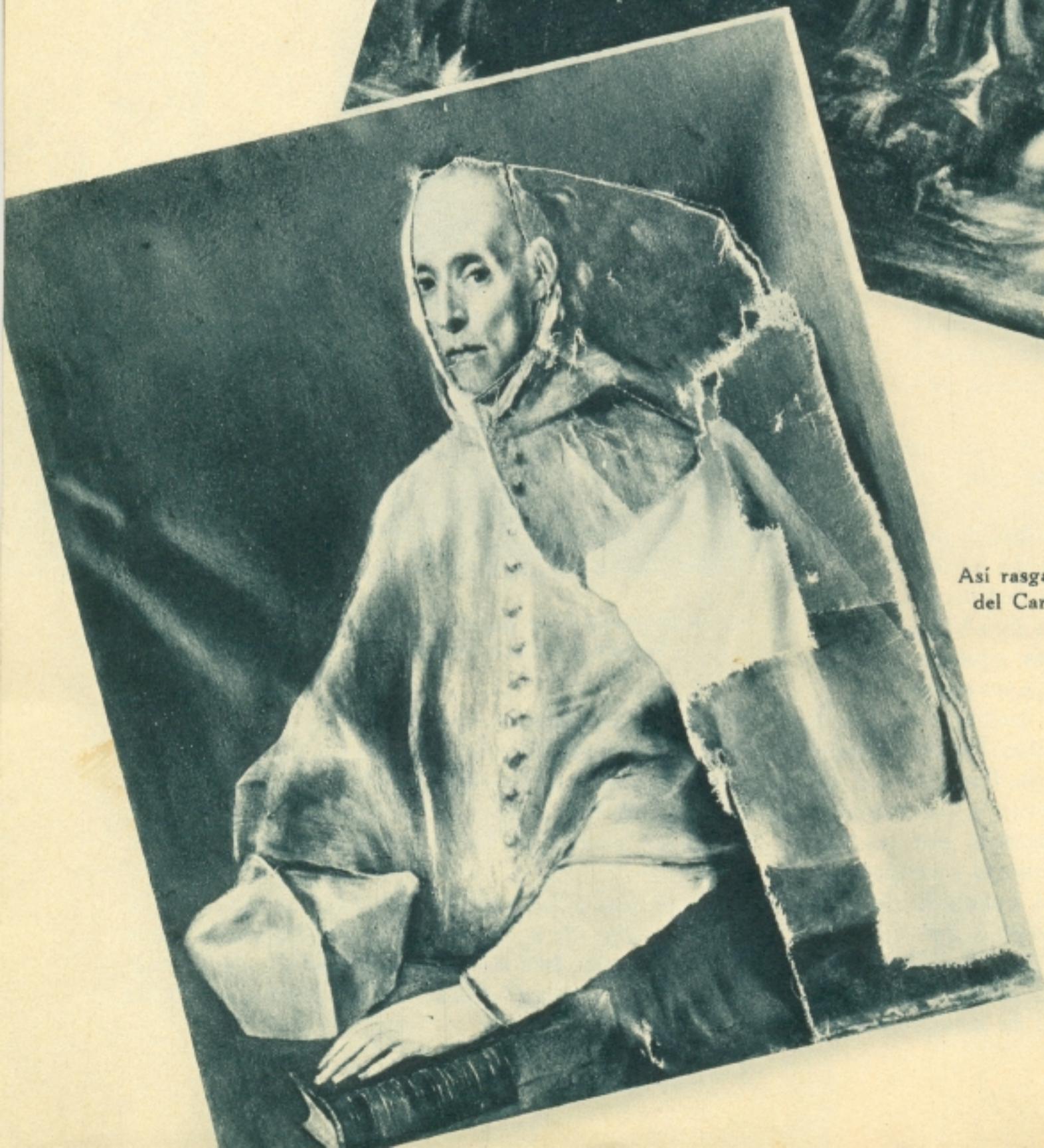
España está henchida de promesas y empiezan a ser realidad en ella los anhelos más puros de la juventud que combate, muere y triunfa. De la juventud que ha tenido y tiene siempre el más sincero y cálido elogio merecido, en los labios — y en el corazón — de Franco.

¡Juventud triunfante en la muerte y en la vida: Toledo destruída, es una prueba cierta de lo que tu actitud de servicio y sacrificio ha hecho por España!

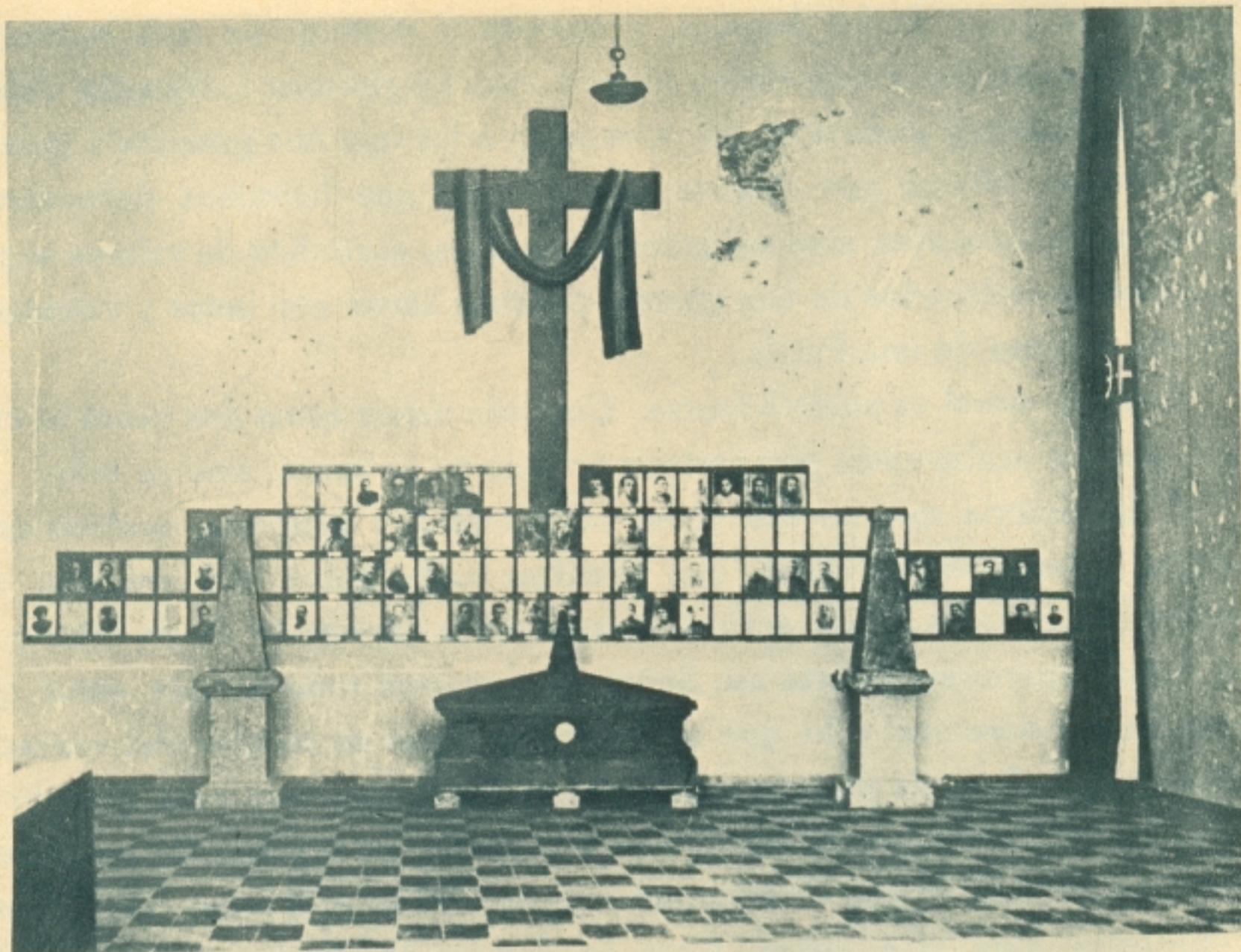


Lindo y florido comulgatorio de las monjitas de la Concepción, cuyo convento padeció la profanación y el destrozo.

Aparición de la Virgen a San Ignacio de Loyola. La cabeza del Santo español, otro de los grandes creadores de formas perdurables de vida católica, ha sido violentamente arrancada.



Así rasgaron los rojos el retrato del Cardenal Tavera, pintado por el Greco.



ORACIÓN POR LOS CAÍDOS

Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y consérvanos siempre el santo orgullo de que en nuestras filas se muera por España y de que a nosotros honre el enemigo con sus mayores armas.

Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo, y Tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren por libertar con su sacrificio generoso a los mismos que les asesinaron, para cimentar con su sangre joven las primeras piedras en la reedificación de una Patria libre, fuerte y entera.

Ante los cadáveres de nuestros hermanos, a quienes la muerte ha cerrado los ojos antes de ver la luz de la victoria, aparta, Señor, de nuestros oídos las

voces sempiternas de los fariseos, a quienes el misterio de toda redención ciega y entenebrece, y hoy vienen a pedir con vergonzosa indigencia delitos contra los delitos y asesinatos por la espalda a los que nos pusimos a combatir de frente. Tú, no nos elegiste, Señor, para que fuéramos delincuentes contra los delincuentes, sino soldados ejemplares, custodios de valores augustos, números ordenados de una guardia puesta a servir con amor y valentía la suprema defensa de una Patria.

Esta ley moral es nuestra fuerza. Con ella venceremos dos veces al enemigo, porque acabaremos por destruir no sólo su potencia, sino su odio.

A la victoria que no sea clara, caballeresca y generosa, preferimos la derrota, porque es necesario que mientras cada golpe del enemigo sea horrendo y cobarde, cada acción nuestra sea la afirmación de un valor y de una moral superiores. Aparta así, Señor, de nosotros todo lo que otros quisieran que hiciésemos y lo que se ha solido hacer en nombre del vencedor impotente de clase, de partido o de secta, y danos heroísmo para cumplir lo que se ha hecho siempre en nombre de una Patria, en nombre de un Estado futuro, en nombre de una Cristiandad civilizadora. Tú sólo sabes con palabras de profecía para qué deben estar agudizadas las flechas y tendidos los arcos. (*Isa. v. 28*).

Danos ante los hermanos muertos por la Patria perseverancia en este amor, perseverancia en este valor, perseverancia en este menosprecio hacia las voces de mujeres necias. Haz que la sangre de los muertos, Señor, sea el brote primero de la redención de esta España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres, y haz también que la victoria final sea en nosotros una entera estrofa española del canto universal de tu gloria.

CAÍDOS EN EL ALCÁZAR: ¡PRESENTES!

Foto-montaje de J. COMPTE.

TERMINÓSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA EN
LOS TALLERES FOTO Y HUECOGRA-
BADO ARTE, DE BILBAO, EL MES DE
ABRIL DEL AÑO DE CRISTO DE
MIL NOVECIENTOS TREINTA Y
NUEVE. III TRIUNFAL DE
ESPAÑA Y DEL NACIO-
NALSINDICALISMO



EDITORA NACIONAL